

LA PRESENCIA DE CÁDIZ EN LA OBRA DE TELESFORO DE TRUEBA Y COSÍO (1799-1835)¹

Salvador GARCÍA CASTAÑEDA
(The Ohio State University)

Aceptado: 9-I-2002.

RESUMEN: *En este artículo se bosqueja la biografía y la obra literaria del escritor cántabro Telesforo de Trueba y Cosío, centrándose a continuación en su paso por la ciudad de Cádiz entre los años 1822-1825. En ese tiempo Trueba escribió y estrenó varias obras teatrales, tradujo otras y llevó a cabo diversas actividades literarias de las que se hace un detallado análisis a partir de fuentes manuscritas, impresas y hemerográficas. Finalmente se incluye una selección de poemas publicados en el Diario Mercantil de Cádiz y que guardan relación con Trueba. Palabras clave: Telesforo de Trueba, teatro, prensa, Cádiz, siglo XIX.*

ABSTRACT: *This article outlines the biography and literary work of Telesforo de Trueba y Cosío. It is also centered on Trueba's stay in Cadiz from 1822 to 1825. During these years Trueba wrote and gave first performances of some plays, he also translated others and carried out several literary activities, which are thoroughly analyzed from manuscript, printed and library sources. Finally a selection of poems published in the Diario Mercantil de Cádiz related to Trueba is included. Key words: Telesforo de Trueba, theatre, press, Cadiz, Nineteenth Century.*

Desde las páginas de *El Artista* Eugenio de Ochoa (1835, 254-256) fue el primero en llamar la atención de los españoles hacia Telesforo de Trueba y Cosío. Allí dio noticia bien cumplida acerca de su vida y de su tarea en la emigración como autor teatral y de novelas históricas que le ponía a la cabeza del movimiento romántico español. La reseña de Ochoa es entusiasta, pero, desgraciadamente, abunda en errores y en datos que todavía continúan sin verificación posible; los demás biógrafos se

¹ Mi agradecido recuerdo a Don Fernando Barreda y Ferrer de la Vega (q. e. p. d.) quien, en ocasión de preparar mi estudio sobre Trueba y Cosío (1978), me hizo generosa donación de los mss. *A*, *B*, *JMT 1* y *La muerte de Catón*, que formaban parte de su biblioteca. Mi agradecimiento también a la Dra. Mercedes Agulló, quien me facilitó en su día la consulta de materiales en la Biblioteca Municipal de Madrid, y al profesor Fernando Durán López, a Andrés García Gutiérrez y a María Luisa Bagaces, de la Universidad de Cádiz, quienes me proporcionaron recientemente la reseña del estreno de *El seductor moralista* y las poesías de Trueba incluidas en el *Anejo*, que aparecieron en el *Diario Mercantil* gaditano.

basaron casi exclusivamente en ella, por no existir apenas otras fuentes de información.

Menéndez Pelayo, tan enamorado siempre de su tierra, comenzó su carrera con un estudio sobre Trueba y Cosío; de sus afanes queda constancia en la correspondencia que por entonces mantenían Gumersindo Laverde y aquel erudito de diecinueve años. Desde que don Marcelino dio a la imprenta su estudio en 1876, han transcurrido ciento venticinco años y, entre tanto, se han perdido algunas obras manuscritas del romántico montañés y han aparecido bastantes más que andaban dispersas por el mundo. Para escribir mi libro sobre Trueba (1978) tuve acceso a información y a obras que el autor de los *Heterodoxos* no pudo conocer en su día y que se conservan en bibliotecas españolas, norteamericanas y europeas, especialmente en diversos Archivos británicos.

En este trabajo me ocupo exclusivamente de aquellas obras que tienen relación con Cádiz.

*

Al igual que todos sus antepasados, don Juan de Trueba nació en Arredondo (18 de abril de 1759) donde estaba empadronado como hidalgo, debió pasar en América bastantes años y regresar a España entre 1791 y 1794, pues en esta última fecha ya estaba en Cádiz. En el 79, cuando nació Telesforo Joaquín, el primogénito, ya vivía don Juan en Santander. Indicios de la prosperidad del antiguo indiano serían el volumen y las ramificaciones internacionales de sus negocios, su interés en obtener provisión de hidalguía y el ocupar una holgada casa propia en la calle de la Puntida, de cara a la mar. Parte de la extensa correspondencia mercantil de la firma Trueba muestra que ésta estuvo relacionada con banqueros ingleses y franceses tan notables como Recamier y Delessert, con mercaderes de la City y con montañeses poderosos en Cádiz y en Ultramar.² Don Juan casó en Santander con Doña María Pérez Cosío y tuvo con ella cinco hijos, Joaquín Telesforo, nacido el 5 de enero de 1799, José María, Vicente Eustaquio, Juan Bautista y Clara, bautizados todos en la parroquia del Cristo.³

La guerra de la Independencia afectó especialmente a Santander, puerto de embarque y desembarco de tropas españolas, inglesas y francesas, defendida, tomada y reconquistada por unos ejércitos y por otros. La ocupación francesa se significó por

² En la Biblioteca Municipal de Santander se conservan cuatro *copiadores* (ms. 1447) con la correspondencia comercial de esta firma, que abarca desde diciembre de 1800 hasta marzo de 1819.

³ Entre ellos, destaco a José María (1800-1834), autor teatral y poeta, a quien Menéndez Pelayo dedicó un estudio, aunque no llegó a saber si el autor de aquellas obras era José María o el hermano menor, Juan, pues iban firmadas «J. Trueba y Cosío». Se trata de José María, también decidido liberal, quien participó en la expedición a Vera de Espoz y Mina en 1830; precisamente fue Mina quien aclaró su identidad pues le mencionó elogiosamente más de una vez en sus *Memorias*. A su vuelta a España en mayo de 1834 José María colaboró asiduamente en el periódico *El Observador* y falleció en Madrid en diciembre de aquel mismo año. Vicente fue esparterista en política, sucedió a Telesforo como Procurador en Cortes por Santander durante varias legislaturas, fue concejal del ayuntamiento y luego alcalde. Intervino activamente en la construcción del ferrocarril de Alar y fundó una fábrica de tejidos en Renedo. Clara fue pintora notable, autora de un retrato al óleo de Telesforo.

exacciones y empréstitos continuos a los que los santanderinos no podían hacer frente. El hambre era general y las casas rebosaban de militares alojados. Estos tributos amenazaron seriamente la prosperidad de los Trueba y arruinaron a muchos negociantes de la ciudad.

Como se recordará, a partir de septiembre de 1810, la escasez se hizo tan aguda en toda España que aquel período se conoció luego como «el año del hambre». Para defender la ciudad, quedó en ella una guarnición inglesa, cuyo comportamiento dejaba mucho que desear pues los soldados escandalizaban y se emborrachaban y los oficiales requisaban las mejores casas para vivir en ellas. Don Juan falleció en marzo de 1809 dejando a su mujer como jefe de familia y de la nueva razón social «Viuda de Trueba e Hijos». La familia marchó a San Sebastián y, de allí, doña María decidió marchar a América, hizo fletar un navío y el 12 de noviembre de 1811 zarparon todos para La Coruña. Los requisitos para ir a América eran muchos, doña María se había casado de nuevo y la situación en Santander había mejorado un tanto por lo que el proyectado viaje no tuvo lugar.

Tanto la correspondencia de Doña María como los testimonios de Eugenio de Ochoa y de Menéndez Pelayo, quien conoció bien a varios miembros de su familia, concuerdan en que esta señora fue mujer de extraordinarios bríos, gran capacidad para los negocios y dotada de firmes convicciones religiosas y morales. «De claro entendimiento y varonil entereza» la juzgaba don Marcelino, y ella misma advertía en cierta ocasión a unos malos pagadores que «no han de jugar porque tratan con sayas, pues éstas tienen bastante espíritu y energía para hacer valer su razón y no consentir en que nadie se ría» (*Copiador*, p. 31. Carta del 21 de Agosto de 1809).

Envió a los hijos varones a educarse a Inglaterra en el colegio católico de St. Edmond's, Old Hall Green; Telesforo permaneció allí entre 1812 y 1818, hizo después estudios de Derecho y de Economía Política en París, donde vivió desde marzo de 1819 hasta, muy posiblemente, los primeros días de abril de 1822. Además del acaudalado banquero Gabriel Delessert, se relacionó allí con lo más granado de la colonia española y el 26 de septiembre de 1821 en un teatro de la capital se representaron tres obras cuyas *El director de teatro*, hoy perdida, la tragedia *La muerte de Catón* y el sainete *El abogado Sorna*. Para entonces, el joven estudiante era ya un liberal fervoroso que intituló *La Muerte de Catón*, «primer ensayo del ciudadano Telesforo de Trueba». La tragedia era del género alfileresco y no regateaba los ataques a la tiranía. Los tiempos eran de esperanza y de exaltación patriótica a raíz del grito de las Cabezas y Trueba, poseído del entusiasmo liberal que sólo le abandonaría con la muerte compuso un soneto «Al benemérito Riego».

Regresó a España en la primavera de 1822, y también en esta ocasión fue Ochoa la fuente de todos los críticos posteriores, para quienes Trueba «pasó... con el gobierno a Cádiz», y alguno de ellos, lógicamente, pensó que éste hubo de soportar «las fatigas del servicio militar». No obstante, ni por su juventud ni por su situación familiar parece probable que tuviese puesto alguno en el Gobierno del Trienio, y tampoco es muy verosímil que llegara a calarse el morrión de miliciano; los contemporáneos como Alcalá Galiano y Mesonero Romanos, que vivieron aquellas jornadas, no le mencionan en sus reminiscencias y las necrologías publicadas tras la muerte de Trueba nada

exacciones y empréstitos continuos a los que los santanderinos no podían hacer frente. El hambre era general y las casas rebosaban de militares alojados. Estos tributos amenazaron seriamente la prosperidad de los Trueba y arruinaron a muchos negociantes de la ciudad.

Como se recordará, a partir de septiembre de 1810, la escasez se hizo tan aguda en toda España que aquel período se conoció luego como «el año del hambre». Para defender la ciudad, quedó en ella una guarnición inglesa, cuyo comportamiento dejaba mucho que desear pues los soldados escandalizaban y se emborrachaban y los oficiales requisaban las mejores casas para vivir en ellas. Don Juan falleció en marzo de 1809 dejando a su mujer como jefe de familia y de la nueva razón social «Viuda de Trueba e Hijos». La familia marchó a San Sebastián y, de allí, doña María decidió marchar a América, hizo fletar un navío y el 12 de noviembre de 1811 zarparon todos para La Coruña. Los requisitos para ir a América eran muchos, doña María se había casado de nuevo y la situación en Santander había mejorado un tanto por lo que el proyectado viaje no tuvo lugar.

Tanto la correspondencia de Doña María como los testimonios de Eugenio de Ochoa y de Menéndez Pelayo, quien conoció bien a varios miembros de su familia, concuerdan en que esta señora fue mujer de extraordinarios bríos, gran capacidad para los negocios y dotada de firmes convicciones religiosas y morales. «De claro entendimiento y varonil entereza» la juzgaba don Marcelino, y ella misma advertía en cierta ocasión a unos malos pagadores que «no han de jugar porque tratan con sayas, pues éstas tienen bastante espíritu y energía para hacer valer su razón y no consentir en que nadie se ría» (*Copiador*, p. 31. Carta del 21 de Agosto de 1809).

Envió a los hijos varones a educarse a Inglaterra en el colegio católico de St. Edmond's, Old Hall Green; Telesforo permaneció allí entre 1812 y 1818, hizo después estudios de Derecho y de Economía Política en París, donde vivió desde marzo de 1819 hasta, muy posiblemente, los primeros días de abril de 1822. Además del acaudalado banquero Gabriel Delessert, se relacionó allí con lo más granado de la colonia española y el 26 de septiembre de 1821 en un teatro de la capital se representaron tres obras cuyas *El director de teatro*, hoy perdida, la tragedia *La muerte de Catón* y el sainete *El abogado Sorna*. Para entonces, el joven estudiante era ya un liberal fervoroso que tituló *La Muerte de Catón*, «primer ensayo del ciudadano Telesforo de Trueba». La tragedia era del género alfileresco y no regateaba los ataques a la tiranía. Los tiempos eran de esperanza y de exaltación patriótica a raíz del grito de las Cabezas y Trueba, poseído del entusiasmo liberal que sólo le abandonaría con la muerte compuso un soneto «Al benemérito Riego».

Regresó a España en la primavera de 1822, y también en esta ocasión fue Ochoa la fuente de todos los críticos posteriores, para quienes Trueba «pasó... con el gobierno a Cádiz», y alguno de ellos, lógicamente, pensó que éste hubo de soportar «las fatigas del servicio militar». No obstante, ni por su juventud ni por su situación familiar parece probable que tuviese puesto alguno en el Gobierno del Trienio, y tampoco es muy verosímil que llegara a calarse el morrión de miliciano; los contemporáneos como Alcalá Galiano y Mesonero Romanos, que vivieron aquellas jornadas, no le mencionan en sus reminiscencias y las necrologías publicadas tras la muerte de Trueba nada

No parece que las circunstancias políticas amortiguaran el entusiasmo creador del joven Telesforo pues, que sepamos, entre agosto de 1823 hasta su salida de Cádiz, en el otoño de 1825, desarrolló una actividad asombrosa y en aquel espacio de tiempo escribió, que sepamos, ocho obras de teatro, de las que se estrenaron cinco, además de las *Cartas bornesas*.

Los caballeros de industria o El novio de repente (ms. A) es una comedia en tres actos, fechada en Cádiz, cuyo manuscrito lleva fecha de agosto de 1823, apenas un mes antes de la salida del Rey y la entrada de los franceses. Está cercana a la farsa tanto por el tema como por los personajes y las situaciones en las que se ven envueltos; Ángel González Palencia señaló que su argumento se encuentra, casi al pie de la letra, en el capítulo I del libro V, «Histoire de don Raphael» en el *Gil Blas* de Lesage.

Todo y nada o sea El Veleta es una comedia en tres actos y en prosa, de la que se conservan en la Biblioteca Municipal de Madrid dos ejemplares manuscritos de los usados por los apuntadores, cada uno de distinta mano y posteriores a la fecha en que se compuso la obra. Según Menéndez Pelayo, que no llegó a verla (*Estudios*, 154), parece que fue representada en Cádiz en 1823; cuando *El Eco del Comercio* reseñó el estreno en Madrid el 8 de septiembre de 1836, aseguraba categóricamente que tan sólo era la reposición de una obra «que habíamos visto ya ejecutar en otros teatros hará la friolera de siete u ocho años» (*El Eco del Comercio*, 10-IX-1836). A juzgar por la *Cartelera Teatral Madrileña*, *El Veleta* se representó con cierta frecuencia en varios teatros durante los años 30.

Trueba estrenó otra comedia, en cuatro actos y en prosa, *El seductor moralista* (Madrid, Imprenta de D. Leonardo Núñez, con licencia, sin fecha), en el Teatro Principal de Cádiz, el 8 de enero del año 24, y cuando se imprimió en Madrid, llevaba una dedicatoria a su madre, fechada en aquella ciudad el 1 de febrero de aquel mismo año. El texto impreso, en la contraportada, reza «representada por primera vez en el Teatro Principal de Cádiz el 8 de enero de 1824». Aunque tanto aquí como en el «Prólogo» su autor llama a esta comedia «primer ensayo dramático», habrá de sobreentenderse que Trueba se referiría tan sólo a su primera experiencia como autor teatral. Es una adaptación de la famosa comedia de Richard Brinsley Sheridan *The School for Scandal*, en cinco actos, estrenada en el Teatro de Drury Lane de Londres el 8 de mayo de 1777. Sheridan era el ídolo de Trueba quien, sin duda, pretendió introducir sus obras en España, donde eran desconocidas. En el «Prólogo» indica que su deseo hubiera sido traducir la obra «pero esto era casi imposible, por el total desprecio que los ingleses hacen en sus composiciones de las reglas dramáticas, además que su éxito sería dudoso en nuestro teatro, atendida la diversidad de costumbres, carácter y genio de las dos naciones». Aunque Trueba simplificó aquí la trama y disminuyó el número de personajes, no pudo reducir la acción a un solo lugar ni precisar tampoco el tiempo en que transcurría la acción. En cuanto a la diversidad de costumbres, la adaptación española es muy aceptable y aún castiza. Como la obra se imprimió después de haber sido representada, el autor indica que hubo modificaciones de estilo y textuales.

De su estreno en Cádiz queda el testimonio de una crítica en forma de carta firmada por «M. V.» que publicó el *Diario Mercantil* de aquella ciudad (nº 2727, Jueves,

15 de Enero de 1824) en su apartado «Variedades». La reseña es muy positiva y, a juzgar por ella, «La numerosa y brillante concurrencia que asistió á la representación de *La escuela del gran tono* hizo justicia al mérito del joven compositor, dispensándole los aplausos que con tanta razón merecía».⁷ Conocemos también el testimonio del famoso «Mantuano» (*El Guerrero de Mantua*, «Periódico militar, político y literario», nº 35, jueves, 14 de marzo de 1835, p.138) en ocasión de su reposición en Madrid, al cabo de un lustro largo, cuando su autor era ya prohombre de las Cortes. La crítica no es nada halagüeña y es difícil imaginar cómo Trueba, que había tenido ya la valiosa experiencia teatral de Londres, se arriesgara a presentar *El seductor moralista* en la Corte, diez años después de su estreno; los madrileños habían visto ya mucho teatro y una obra como aquella habría de parecerles insípida. Según la *Revista Bimestre Cubana* (tomo I, nº 3, octubre 1831, p. 361, «Noticias y variedades científicas y literarias. Inglaterra. Comedia inglesa de Trueba»), se representó también en la Habana, y volvió a darse en Madrid en el Teatro de la Cruz los días 10 y 11 de mayo de 1835 (*Cartelera Teatral*, 39).

La gaditana en Constantinopla o El oso blanco y el oso negro, «Pieza jocosa en dos actos con música» escrita en Bornos entre el 27 y el 30 de agosto de 1824 (ms. original de mano de Trueba. Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 14496/27), es una graciosa farsa, dentro de la línea de las «turqueries» tradicionales, con un Sultán enamorado y sanguinario, un Visir ridículo e intrigas en el harém, que acaba felizmente con el perdón del Sultán a la protagonista:

Adiós, Leonor, adiós y se dichosa,
cual lo merece tu alma candorosa.
Publica en Cádiz cuando a Cádiz fueres
el triunfo que han ganado las mujeres
y di que el Sultán en su grandeza
lo que nunca ha logrado la belleza
de ninguna mujer, sierva o Sultana,
lo ha logrado una hermosa gaditana.

La obra es un panegírico de la mujer de Cádiz: chispeante y de buen humor aun en el infortunio, intrépida, ingeniosa y elegante pero siempre fiel a su honor de casada. El personaje Palotes es un «jándalo», en el texto se mencionan varios lugares de la ciudad, y entre la música que a veces acompaña a la acción están los aires de la *cachucha* y del *ole*. *La gaditana en Constantinopla* es una adaptación de *L'ours et le*

⁷ «[...] La comedia tiene escenas del mayor efecto, escritas con gracejo y bien calculadas; de esta especie son las del segundo y tercer acto. La naturalidad de los lances, la íntima conexión de los episodios con la acción principal y el fuego de la imaginación y movimiento comiso no decaen ni un instante sorprendiendo al espectador agradablemente hasta el desenlace. El cuarto acto me parece debilita la acción; después de la caída del biombo nada esencial resta ya que ver, y la comedia en rigor queda concluída. Verdad es que la escena primera del mismo acto es graciosísima pero no necesaria, y no está de tal modo ligada a la parte principal de la fábula que no pudiera suprimirse. También el language permite alguna corrección; no se entienda por esto que pienso disminuir el distinguido lugar que este jóven se ha grangeado entre los literatos; tengo entendido que es su primer ensayo [...] («Variedades», Jueves 15 de enero de 1824).

Pacha, folie-vaudeville en un acte de Eugene Scribe y de M. X. B. Saintine, en la que don Telesforo dio más importancia a los personajes del Visir, ahora más gracioso, del marido, transformado en montañés, y de la bella cautiva Roxelane. La obra fue examinada por tres censores de Cádiz; el primero, de nombre Romero, escribía «Representese», sin dar fecha; el 20 de noviembre, otro, González Sulner [?] juzgaba que «puede representarse» pero al mes siguiente, el 19 de diciembre, un censor Escobedo [?] llegó a la decisión final cuando puso su firma bajo un tajante «No permito que se represente», sin dar más razones.

Los amores de novela es una «Comedia en cinco actos en prosa, arreglada al teatro español por T. de T y C.», de la que se conservan sólo los cuatro primeros actos, manuscritos (ms. B). En la portada del primero figura la fecha «Sept. 24, 1824», día en que probablemente su autor dio fin a la comedia pues estos cuatro actos, todos de su mano, parecen ser una copia, posiblemente la primera en limpio, de la redacción original. Sobre ella, y con tintas diferentes a las que el paso del tiempo ha dado un color sepia uniforme, más o menos intenso, van las correcciones, también de la misma letra. Una «Nota» al principiar el manuscrito advierte que *Amores de novela* «está imitada y arreglada al teatro español de la que escribió en inglés el célebre Sheridan con el título de *The Rivals*».

¡Qué apuro! o *El novio en mangas de camisa* (Biblioteca Municipal, Madrid, ms. 1-133-13), estrenada probablemente en Cádiz en 1824⁸ no parece obra original pues al anunciarla los días 13 y 23 de abril de 1830 se indicaba que estaba «traducida del francés». Carezco de información acerca de su estreno en Cádiz, Menéndez Pelayo consideró este sainete, «representado probablemente en Cádiz en 1823» (*Estudios*, 154). Se estrenó en Madrid el 13 de abril de 1830, en el Teatro de la Cruz y, según la *Cartelera Teatral Madrileña*, se dio con cierta frecuencia en los de la Cruz y del Príncipe entre los años 1830 y 1848.

En su apartado de «Avisos», el *Diario Mercantil* gaditano del 8 de febrero de 1825 (nº 3113) anunció la representación de *La heredera o la misma astucia nos pierde*, traducida del francés al castellano por D. T[elesforo] de T[rueba] y C[osío]. Esta es la primera mención que tengo de tal obra, no recogida hasta ahora entre las suyas.

Del mismo periódico (nº 3117, «Avisos», 12 de febrero de 1825) procede la información acerca del estreno de *Casarse con sesenta mil duros o especular en amor*, «comedia original en un acto y en verso, original de D. T. de T. y C.» (Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 7194). A los pocos meses de publicar su estudio sobre Trueba dio a conocer Menéndez Pelayo en las páginas de *La Tertulia* el texto desconocido de esta obra. Le facilitó una «esmerada copia», no sabemos si del manuscrito original o de un texto impreso, el erudito gaditano don Adolfo de Castro, quien aseguraba que esta obra fue «muy popular en otro tiempo en Cádiz».

Es una de las pocas en que hay referencias locales; la acción sucede en Cádiz, se

⁸ Además de este texto he podido ver otro en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 7194), incluido en un cuadernillo con otros manuscritos de Trueba, que debe ser el primer borrador de esta obra. Entre este borrador manuscrito y el texto que dio a conocer don Marcelino existen numerosas variantes, y en el primero los personajes están mucho más caricaturizados.

Menciona «la nevería de la calle de Linares» y el enamorado don Tadeo trata en «vainilla, / Caracas y Guayaquil, / palo de Campeche, añil, / canela y zarzaparrilla», productos característicos del comercio ultramarino gaditano. Menéndez Pelayo advirtió su semejanza con la de Bretón de los Herreros, *Marcela o ¿a cuál de los tres?*, estrenada en Madrid en 1831, pero aunque la semejanza existe no parece que este último hubiera tenido ocasión de ver representar la comedia de Trueba.

En algunos de los textos de las obras que han llegado hasta nosotros aparecen los nombres de los actores y actrices locales que las representaron, algunos de los cuales tendrían después renombre. Así, *El seductor moralista* tiene el siguiente reparto: *La Marquesa del Talco* - Sra. J. Romero; *Doña Cándida* - Sra. Felisa Rodríguez; *Dionisio* - Sr. Evaristo González; *Carlos* - Sr. Valero (menor); *Soplillo* - Sr. B. Avecilla; *El Conde de la Culebra* - Sr. Manuel Fernández; *Don Simón* - Sr. Manuel García; *Don Fermín* - Sr. Valero (mayor); *Juanita* - Sra. Juana Galán; *Isabel* - Sra. Ventura del Castillo. Trueba pensaba representar en Cádiz *La gaditana en Constantinopla* y ya tenía repartidos los papeles: *el Sultán* - Valero, *el Visir* - García, *la Sultana* - Sra. Romero, *Leonor* - Felisa, *Mirlo* - Evaristo, y *Palotes* - Avecilla. Y en la página 2 del manuscrito de *Amores de novela*, a lápiz y con letra, al parecer de Trueba, están indicados los nombres de algunos actores en los que pensó para representar la obra o quizá llegaran a hacerlo: *Don Froilán Cabezón* - García; *El Capitán* - Evaristo; *Don Demetrio* - Avecilla; *Calabacín* - Arroyo; *Plácido* - Gracioso; *Doña Eduvigis* - Cecilia; *Leocadia* - Dama; *Julia* - Segunda; *Cristina* - Graciosa.

Al igual que solían hacer otras familias acomodadas de la región, doña María y sus hijos se trasladaron a Bornos al llegar el verano de 1824 a pasar una temporada de baños. Esta villa, en la provincia de Cádiz, está situada en la falda oriental de la Sierra del Calvario, en la margen derecha del Guadalete, y es famosa por el clima y por las aguas. En 1846, según Madoz, tenía Bornos 4826 almas y «725 casas de buena fábrica, al gusto moderno, por lo general, de dos pisos y muchas con preciosos jardines» (IV, 412). Para Fernán Caballero era un paraíso, «por sus aires puros, sus hermosas aguas y los baños de su río, suaves y tónicos a un tiempo [...] Bornos —escribía un personaje de su novela *Un verano en Bornos*— es alegre como un cascabel, florido como un jardín, lo riega la sierra con sus aguas, con el mismo esmero que tú tus macetas de adelfa». Con el testimonio de Madoz (1846) y el elogio de Fernán (1853) contrasta la visión negativa de Trueba (1824), quien llegó allí amargado por la reciente caída del régimen liberal y se vio forzado a vivir en familia en un pueblo aislado, en donde nunca pasaba nada.

Para combatir el tedio y dar expresión a sus frustraciones comenzó a escribir las *Cartas bornesas* (Biblioteca Nacional, Madrid, ms. 7194), una curiosa colección de epístolas literarias dirigidas a un corresponsal imaginario, en la que examinaba críticamente los aspectos políticos y sociológicos de todo lo que veía. A pesar del tono quejumbroso y vehemente, del afán moralizador y de presentar el pueblo como un infierno inhabitable plagado de cazurros y servilones, Trueba describe con mucha amenidad y gracia la vida diaria de Bornos, sus costumbres y algunos de sus pintorescos habitantes.

Exageraciones aparte, no parece que Bornos, en plena efervescencia de la revancha

absolutista entonces, fuera el lugar más apropiado para un joven cosmopolita, sensible y, por añadidura, liberal. La zona era pobre y aislada y el mismo Madoz observaba que «desde Jerez hemos recorrido siete leguas por su suelo pedregoso, cortado por profundos barrancos y atravesando campos despoblados, sin hallar aún ni una venta en que pedir un vaso de agua» (412). La industria era muy reducida y la mayoría de los borneses eran jornaleros sin tierras propias, tan sólo ocupados en épocas de cosecha y vendimia. Esta inacción y falta de posibles dejaban a aquella gente mucho tiempo libre para ocuparse de la vida privada de los demás; era normal el entrar sin pedir permiso en casas ajenas y el «ponerse en las rejas de los vecinos a ver y escuchar lo que pasa dentro» (*Cartas*, 141).

El joven Telesforo apenas salía a la calle: «Estoy todo el día en casa, tumbado a la larga o ensuciando papel; ir al baño y dar un corto paseo al anochecer, he aquí la manera de pasar el tiempo. Para mí, todos los días son iguales» (158). Y es que, aparte de su natural desgana en hacer amigos entre los prohombres del pueblo, alcaldes de monterilla y orondos frailes, de quienes cuenta horrores, el calor era extremado y, además, para colmo de males, los borneses eran muy dados a burlarse de los forasteros. Así cuenta —y la cosa no deja de tener gracia— cómo se reían de él porque usaba lentes: «Según me han dicho, tener la vista débil es un síntoma de masonería, como lo son también llevar el pelo largo, vestir de negro y otras cuantas particularidades de esta misma especie» (145).⁹ Mientras tanto, doña María se había instalado, de acuerdo con su rango y posibles, en una casa de la calle de San Jerónimo, con mayordomo y varios criados. Allí recibía visitas de notabilidades locales como el P. Guardián de los franciscanos (quien tenía «el genio alegre y fama de ser sumamente galán»), daba limosnas y hacía que sus hijos asistieran a misa y sermones.

Como las *Cartas* fueron escritas entre el 14 de julio de 1824 y mediados de agosto del mismo año, hay en ellas un relato de primera mano de la impresión causada en aquella zona por la intentona del coronel Pedro González Valdés, protagonista de la que Baroja llamó «hazaña heroica y absurda de apoderarse de Tarifa» (331). Los liberales de las cercanías vivieron días de esperanzada ansiedad mientras cundía el pánico entre los absolutistas, sobre todo después de saber que los expedicionarios habían rechazado un primer ataque de los franceses.

Mientras, la inseguridad de los caminos era tal que el mismo Trueba cuenta cómo un día de aquel mismo 1824 y cerca del Puerto de Santa María algunos bandoleros «desde las tres de la tarde hasta las seis habían estado robando y ascendían a doscientas personas las que habían sido despojadas de lo que llevaban» (57), de tal manera que «parecía aquel sitio una feria por los coches, calesas y animales de carga que había detenidos». A pesar de estos riesgos, Trueba no cesaba de suspirar por «la gloria de Cádiz», adonde seguramente regresó con los suyos después de agosto de 1824, que es cuando cesan las cartas.

Estas parecen haber sido escritas a ratos perdidos, a impulso del hastío, la desespe-

⁹ En *El Cádiz de las Cortes* escribía Ramón Solís que ya en tiempos de las Cortes se hablaba de vestir «a lo liberal» (248) y que «el tildar a una persona de “filósofo” era entonces máximo estigma» (346).

ranza o la ira. Tienen una caligrafía irregular, alterada por los diversos estados de ánimo y carecen de detalles y recados de índole familiar o de negocios o referencias a amigos comunes, propios de una correspondencia verdadera. A poco de comenzar el *diario* —pues estas epístolas tienen tal carácter—, el autor pasa por alto fechas, fórmulas introductorias y despedidas, aunque siga dirigiéndose al imaginario correspondiente, a quien nunca da otro nombre que el de amigo. Parecen escritas con vistas a ulterior publicación, destinadas quizá en el futuro a lectores ingleses. Ello explicaría la tendencia a detallar los sucesos de Bornos y a describir el carácter y modo de vivir de los naturales, sus costumbres de ronda, cortejo y bodas. Despunta aquí la actitud desdeñosa del autor hacia las clases populares objeto de sus observaciones, actitud típica en los costumbristas españoles posteriores. Para Trueba, Bornos representaría la España fernandina y este relato (como después alguna de sus novelas escritas en Londres) tiene la vehemencia propia de propaganda contra el absolutismo. Recogen a vuela pluma sucesos e impresiones del momento y parecen ser un primer borrador de una obra sin concluir que nunca vio la luz.

Pero en Cádiz, ocupada por las tropas de Angulema hasta 1828, la vida para los derrotados liberales fue bastante más fácil que en el resto de España, donde estaban a merced del purificador de los absolutistas. Trueba permaneció allí casi dos años más sin que nadie le molestara, dedicado a escribir comedias y con suficiente humor como para organizar algún baile que otro.¹⁰ Vivía con el desahogo correspondiente a un hijo de familia con posibles y, según unas listas de su mano, poseía obras francesas en boga entonces como *L'école des vieillards*, *Le Macon*, *Leocadie*, *Le mari a bonnes fortunes*, *Cardillac*, *La neige friesque*, *Jacko*, *Robin des Bois*, *Le Sacrifice*, *Les femmes romantiques*, *La Haine*, *Mes derniers 20 sols*, *L'Héritiere* (posiblemente la misma obra que tradujo con el nombre de *La Heredera*) y *Leonide* (*Cartas*, 123 nota 3). Sus gastos eran los de un joven a la moda que frecuenta la buena sociedad e incluyen abonos de teatro, gastos de confitería y helados, un ramillete, jabón y cintas,

¹⁰ En la última página del borrador ms. de *Casarse con 60.000 duros* hay esta nota, al folio 90:

«Bayles de suscriptores.

Bayle 1ro. Gastos:

Paño para el suelo, 15 varas 32 dur[os]

Con condición de bolberlo [sic].

Tafetán averiado

Flecos ingleses 7M., 10 rs [reales]

Alquiler de una araña, cuadros, etc. 10

De brazos para luces

Coronas de laurel

Alumbrado

Cuentas:

Al Carpintero

Al Albañil

Al Gravador 4

A la música 28

Al ojalatero»

billetes de lotería y la compra de un látigo (*Cartas*, 128-129, nota 3) Trueba debía ser un pisaverde, lo que entonces llamaban en Cádiz un «piri», tipo descrito en un soneto publicado en el *Diario Mercantil* del 20 de mayo de 1827.

Aunque la prosperidad de Cádiz iba en declive, la vida seguía su curso; el *Diario Mercantil* no tocaba la política y sólo daba información comercial y ultramarina, en especial acerca de Cuba y de los Estados Unidos. La sección literaria estaba a cargo de ingenios como el sainetero Francisco Flores Arenas, J[osé] J[oaquín] de M[ora], Bartolomé José Gallardo, quien enviaba sus colaboraciones desde Chiclana, y «Floresteo», anagrama que encubría a Telesforo de Trueba.

Gracias al mismo periódico se sabe que este último dejó Cádiz poco después del 11 de septiembre de 1825, ya que en aquella fecha apareció en sus páginas (nº 3329, 11-IX-1825) un romance de despedida, «Adiós a Cádiz», firmado con sus iniciales unidas al seudónimo, «Floresteo (T. de T. y C.)»; y pocos días después vio la luz, también en el *Diario*, el poema «A Floresteo en su partida», obra de un Manilio Risauero (nº 3336, 18-IX-1825).

«Adiós a Cádiz» es un romance de factura neoclásica que quizás añada algunos datos más a la biografía de su autor. Se refiere en él al motivo de su partida —«Cruel destino me arranca / de tu suelo tan amado»— aunque Trueba marchaba a Londres y la frase parece un tópico literario, afirma que «En ti por la vez primera / humilde entonó sus cantos / mi musa» aunque ya escribía en Old Hall Green y revelaría la existencia de una historia de amor, o al menos, de una mujer amada, a juzgar por estos versos:

Y tú, querida hermosura,
que supiste en breve plazo
cambiar en llamas de amor
de Apolo el fuego preclaro,
¡adiós te digo!...

La despedida incluye a las mujeres de Cádiz, y a los amigos que deja en el momento de «el fatal adiós [...] / cuando mis ojos no vean / ya los muros gaditanos». Y proyectando las vicisitudes futuras de una larga vida (¡quien había de morir tan joven!), se imagina «en las heladas regiones / do Bóreas reina tirano», en Italia («de la grata Ausonia / en el suelo afortunado»), «o en las márgenes felices / que riega el Sena asombrado», desdichado o feliz, «ya rendido / bajo el peso de los años», y promete

que nunca jamás
olvidaré el suelo caro
donde pasé tantos días
de ventura coronados.

A juzgar por el tono de una carta enviada a una joven española en París en 1822 (Núñez de Arenas) y por referencias varias en sus obras, don Telesforo fue enamorado y muy admirador de las mujeres, en especial de las «bellas ninfas» de Cádiz, a las que dedicó repetidamente grandes encomios. La protagonista de *La gaditana en*

Constatinopla es bella, ingeniosa y alegre; en su romance de despedida el autor dedica una veintena de versos al «sexo encantador / de Gades primer ornato; / tipo de gracia y bondad, / y de hermosura dechado». Poco antes había dedicado una silva «Al bello sexo gaditano» en el que celebraba «la elegancia sin par / y la finura» de su talle, los delicados pies, la mágica sonrisa, el dulce acento y unos ojos «que vida y fuego sin cesar respiran / y alevos matan cuando tiernos miran».

Trueba tenía entonces 25 años, decididas ideas liberales, desarrollado sentido crítico y vocación de moralista; su regreso a Inglaterra en el otoño de 1825 quizá fuese motivado por la perspectiva de vivir en una España absolutista y por incompatibilidad de carácter y de ideas con su madre. En el exilio de Londres vivían muchos correligionarios aunque el de Trueba fue de índole voluntaria. Para comenzar su nueva vida contaba con dos aliados tan poderosos como excepcionales: dinero y el conocimiento perfecto del inglés.

En Londres vivió diez años (1825-1834) dedicado a sus ocupaciones favoritas: leer, escribir y hacer amigos, pues tuvo empeño constante en ocupar en la sociedad inglesa un lugar semejante al que estaba acostumbrado a ocupar en la española. Su actividad literaria allí fue asombrosa: publicó novelas, colaboró en las revistas literarias de Londres, y estrenó obras de teatro. Conoció a Lord Holland, quien le sentó a su mesa, y fue amigo del conocido crítico literario Leigh Hunt, editor de *The Tatler*, de ideas liberales y reformistas, de Bulwer Lytton, de la poeta Leticia E. Landon y del Capitán Marryat, dueño de la revista *The Metropolitan*.

No es fácil precisar la relación que tuvo Trueba con los liberales españoles refugiados en Somers Town (Llorens, 1968), pues por su educación, gustos y posición económica vivió entre los ingleses de la clase acomodada. Parece inevitable que conociera a muchos emigrados aunque ni se sabe con quiénes ni colaboró en sus periódicos. Aunque su contemporáneo el también liberal Valentín de Llanos vivía en Londres en aquellos mismos años, y escribía novelas en inglés del mismo género que algunas de Trueba,¹¹ y un mismo editor, Henry Colburn, dio a la luz obras de ambos, ni se mencionan el uno al otro ni hacen referencia a sus obras aunque parece imposible que no se conocieran.

Tras la muerte de Fernando VII, en febrero o marzo de 1834, regresó a España para emprender carrera política: allí contaba con el dinero y las relaciones de su

¹¹ Valentín de Llanos (Valladolid, 1795-Madrid, 1885), de familia acomodada e hijo de un magistrado de la Real Chancillería de Valladolid, viajó por Europa, tuvo amistad con John Keats en Roma y pasó después a Inglaterra, donde se casó con Fanny, la hermana del poeta. Como en el caso de Trueba y Cosío, la ideología liberal de sus novelas hizo que se le tomase por refugiado aunque su estancia en Inglaterra fue voluntaria, no careció de la ayuda económica paterna y frecuentó principalmente la sociedad inglesa del círculo de Keats. Escribió en inglés, y entre sus obras destaco las novelas de costumbres contemporáneas con características de «episodio nacional», *Don Esteban, or Memories of a Spaniard Written by Himself* (Londres: Colburn, 1825), reimpresa en 1826, y *Sandoval, or The Freemason*, publicada también por Colburn en el mismo año. La exaltación comunera de su juventud fue cediendo con los años, fue secretario de Mendizábal, sirvió en varios puestos administrativos y vivió después apartado de la política en Madrid hasta el resto de sus días. Cf. Salvador García Castañeda, *Valentín de Llanos (1795-1885) y los orígenes de la novela histórica*, Valladolid, Diputación Provincial, 1991.

familia, con el apoyo de sus correligionarios y con el aura que rodeaba a los liberales recién llegados de la emigración. Elegido Procurador por Santander en junio de 1834, tuvo un papel muy destacado en las Cortes, fue Secretario del Estamento y formó en las filas de la oposición.

Según Ochoa, padecía una «terrible enfermedad, que por espacio de más de un mes le ha tenido, sin esperanza de vida, en las orillas del sepulcro»; poco después, marchó a reponerse a París, donde vivía su madre. Según *The Lady's Magazine*, el autor de *The Exquisites* murió en las cercanías de aquella ciudad el 4 de octubre de 1835 y fue enterrado al día siguiente («Births, Marriages and Deaths», vol. 7, nº 5, November 1835). Tenía entonces 36 años.

*

Como su actividad teatral era apenas conocida en España, se había considerado a Trueba y Cosío principalmente como novelista; como sabemos, comenzó a escribir para el teatro en época muy temprana y su producción fue tan extensa como variada, y así lo atestiguan tres tragedias, ocho comedias, un drama histórico, un melodrama y doce obras cómicas breves. Algunas de estas producciones se perdieron, conocemos otras inacabadas o en estado fragmentario y buena parte de ellas se representaron en Cádiz, en Madrid, en Londres y alguna en París. Las que han llegado hasta nosotros, que son la mayoría, abarcan cronológicamente desde imperfectas tentativas estudiantiles allá por 1816, cuando el autor tenía 17 años, hasta el estreno de *The Royal Delinquent*, en Londres, en enero de 1834. Debido a su educación internacional, Trueba estuvo al tanto de la literatura extranjera desde su temprana juventud; comenzó su carrera teatral traduciendo y adaptando obras francesas e inglesas y, como tantos otros autores de su tiempo su fuente de inspiración fueron las comedias ligeras y *vaudevilles* franceses, tan populares entonces, y, en su caso, la obra de Sheridan.

Podríamos hablar de una primera época, entre 1816 y 1824, con obras en castellano dedicadas al público español, escritas en Old Hall Green, en París y en Cádiz. Ya en Londres, y en poco menos de tres años, los teatros de la capital estrenaron nada menos que seis obras suyas, algunas de ellas con gran éxito. Trueba mostró siempre predilección clara por la farsa y la comedia; tuvo una vocación tan juvenil como pasajera por la tragedia a la manera de Alfieri y, en la tranquilidad y desahogo de Londres, decidió lanzarse a escribir sainetes y a reformar las costumbres contemporáneas, ya con novelas como *Paris and London*, ya con las comedias *The Exquisites* y *The men of Pleasure*; de carácter histórico es *The Royal Delinquent*, un drama hoy perdido.

Cartas Bornesas, su obra en prosa más antigua, está en castellano y va fechada en Bornos en 1824; es la única que conocemos en esta lengua, pues todas las demás se escribieron en inglés, entre 1826 y 1834. Don Telesforo escribió sin descanso desde su llegada a Londres hasta el momento de marchar a España y su obra de ficción en prosa tiene proporciones nada comunes; a las novelas tradicionalmente citadas por los estudiosos habrán de añadirse ahora varias narraciones breves que vieron luz en Inglaterra.

A pesar de que el autor de *Gómez Arias* estuvo dentro de las tendencias literarias del momento como novelista, no lo estuvo como poeta, pues su gusto y su técnica eran los de un clásico dieciochesco, aun cuando en más de una ocasión hiciera incursiones en el campo romántico. Además, quien fue tan fluido de pluma para la prosa, lo fue menos con los versos. Destaco la silva «Al bello sexo gaditano», el soneto «A Rossini», los endecasílabos «Al tiempo» y el romance «Adiós a Cádiz», todos de correcta factura neoclásica, publicados en 1825 en el *Diario Mercantil*, de Cádiz, en el que colaboraron con frecuencia Bartolomé José Gallardo, José Joaquín de Mora y Francisco Flores Arenas.

Telesforo de Trueba pasó más de la mitad de su vida en el extranjero, llegó a Inglaterra cuando tenía trece años y allí se identificó con la lengua y costumbres del país. Tanto que sus manuscritos castellanos, especialmente los borradores primeros, abundan en anglicismos y muestran espacios en blanco, a la espera de palabra adecuada, y que, más tarde, algunos críticos ingleses no creyeron que sus obras estuvieran escritas por un extranjero. Trueba vivía muy contento en Londres, «un lugar al que me unen nexos tan agradables,» y quienes le conocían bien, como los redactores de *The Metropolitan* y luego Fermín Caballero, coincidieron en pintarle al tanto de novedades, sincero y de buen corazón, trabajador e inquisitivo, ávido siempre de estar en candelero y dado a fiestas y saraos.

Estuvo relacionado por su casa con comerciantes de peso, banqueros y armadores; en París trató a la influyente familia Delessert y estrenó *La muerte de Catón* ante el Embajador de España y lo más florido de la nobleza liberal, incluido el Conde de Toreno. En Cádiz, su familia debió estar relacionada con la mejor sociedad, y ni que decir tiene la importancia que los Trueba tuvieron en Santander. Sin embargo, la situación iba a cambiar en Londres pues estaba bien relacionado, el autor de *The Exquisites* era extranjero y, aunque hablaba perfectamente el inglés y tenía dinero, carecía de título nobiliario, lo que —según él— le impedía la entrada en los exclusivos clubs y tertulias a los que pertenecía la «crema» del West End.

Sintió profunda antipatía por los franceses. Como el resto de sus contemporáneos, no podría olvidar sus traumáticas experiencias infantiles cuando la guerra de la Independencia ni el regreso de las tropas francesas en 1823 como aliadas de Fernando VII. En *The Castilian* los muestra como mercenarios brutales y sin honor que luchan a favor de quien más les pague, y su jefe Duguesclin traiciona al indefenso rey don Pedro. En *Salvador the Guerrilla* las alusiones al mal proceder de los franceses son constantes y casi obsesivas. Aunque reconoce su bravura y dotes militares, le parecen gente frívola y orgullosa, insolente y afectada. «Aquellos beneméritos señores regresaban a su país cargados con los despojos de aquella tierra a la que habían ido con el aparente fin de mejorarla y civilizarla» (1, 7); «Los libertadores y educadores de los ignorantes españoles se dedicaron a su tarea con una viveza y un ardor fuera de lo común: mataron, destruyeron y quemaron con un celo jamás desplegado antes por misionero alguno, y, con el fin de terminar con la superstición, hallaron un expediente de lo más eficaz, pues comenzaron a apropiarse de la plata y ornamentos de las iglesias» (*ibíd.*).

Desde muy joven usó Trueba de la literatura para impartir lecciones más a la

manera de un *ilustrado* dieciochesco que como un hombre de su tiempo. Tuvo inquietudes de reformista pero estuvo dominado por la pasión de partido, movido por fobias y simpatías muy definidas, y tan impresionable que, en ocasiones, llegó a pecar de exagerado. La moral que predica va de acuerdo con la ley natural y con los dictados de la razón y, aplicada a casos concretos, tiene el fin utilitario de mejorar la situación de los hombres.

Buena parte de los refugiados liberales españoles fue anticlerical; baste recordar a Alcalá Galiano, a José Joaquín de Mora o a Valentín de Llanos. Sin embargo, ninguno fue tan apasionado ni tan virulento como Trueba y Cosío, educado por gente de sotana. Su rebeldía política y religiosa debió comenzar en los tiempos de Old Hall Green, a juzgar por el disgusto que refleja la correspondencia materna de entonces, y a confirmarse en París, donde escribió sus tragedias de corte alfieresco y un soneto a Riego. Es posible que allí, en Cádiz, o ya de vuelta en Inglaterra, entrase a formar parte de alguna logia, pues Morayta le cuenta entre los masones (145), aunque Trueba afirmase en las *Cartas Bornesas*, en época temprana, que él no lo era «ni haber soñado serlo en su vida».

Para él, el catolicismo español, convertido en religión de Estado, había sido la causa de todos los males que afligían al país. El anticlericalismo de Trueba es furibundo y sus obras ofrecen una extensa galería de frailes brutales y fanáticos, intrigantes y murmuradores, obtusos y glotones, que reinan sobre una masa de beatos pobres de espíritu, resentidos y de poco seso, quienes, a su vez, causan la infelicidad de sus hijos y pupilos. Hay que advertir que a don Telesforo, producto de una rígida educación familiar, le preocupó siempre la de la juventud en la España de su tiempo y en sus obras aparecen con frecuencia padres y tutores que, a veces de buena fe, fuerzan a sus hijos por caminos que les repugnan y les hacen tomar estado contra su voluntad. Otras veces adopta un tono festivo y superior, entre volteriano e irónico a la inglesa, para hacer alusiones y bromas sobre los milagros, la devoción popular, las festividades religiosas y las prácticas del culto.

No resulta fácil evaluar la obra de Trueba y Cosío, un escritor singular, de formación clásica, cuya obra abarca dos culturas muy diversas y en quien hallaron expresión literaria la ideología ilustrada y la romántica. Aunque escribiese en castellano y en inglés, considero que Trueba por su formación y por sus gustos pertenece más a la literatura inglesa, en la que fue un continuador de tradiciones ya establecidas, que a la española. Triunfó en el teatro inglés como autor de farsas, de las que algunas fueron muy populares. Escribió comedias de cinco actos cuando nadie tenía los arrestos para hacerlo, pero le perjudicó su inclinación por la comedia «gentil» dieciochesca en momentos en que el público londinense pedía cosas más modernas. Tampoco fue bien recibido por aquel mismo público su afán de criticar a la sociedad del día.

A la novelística inglesa aportó elementos como la novela histórica de tema español (*Gómez Arias, The Castilian*), la de costumbres españolas contemporáneas (*The Incognito, Salvador the Guerrilla*) y, como escribe Carrasco Urgoiti, fue también el primero en tratar el tema morisco granadino en la novela inglesa, antes de que lo hiciese Washington Irving. Además de popularizar en Inglaterra el «género español», Trueba, autor de una biografía de Cortés y una historia de la conquista del Perú, fue

el primero que alzó su voz en defensa de los Conquistadores después de la independencia de las repúblicas americanas, precisamente desde Londres, donde la propaganda antiespañola era más intensa y su difusión más efectiva.

Junto con Valentín de Llanos fue un precursor en el campo de la novela histórica. Amado Alonso juzgaba *Gómez Arias* «entre las mejores novelas históricas de todo el siglo XIX europeo» (1942, 63) y, en opinión de Donald L. Shaw, las de Trueba «no sólo anteceden y superan a las de López Soler, sino que además, mientras en España las influencias extranjeras estaban a punto de echar a pique a los escritores originales, daban la batalla con éxito en el propio campo enemigo» (1974, 77). A mi juicio, las *Cartas Bornesas* aseguran a su autor un merecido puesto entre los costumbristas más tempranos. Trueba idealizó la historia nacional como lo hicieron luego el Duque de Rivas y Zorrilla y desde una tierra y en una lengua que no eran las suyas dio a conocer e hizo respetar una España desconocida y calumniada.

Estuvo muy al tanto de las últimas tendencias y gustos en literatura y durante su estancia en Londres fue un escritor muy conocido y leído. Baste recordar que los mejores teatros londinenses estrenaron sus obras y que sus novelas y obras de historia fueron publicadas por editoriales poderosas, con gran distribución, y en colecciones de las que nunca faltaban en los hogares burgueses ni en las bibliotecas públicas. La mayoría fueron reeditadas en Inglaterra y en los Estados Unidos y traducidas a otras lenguas.

Se podría decir que a Telesforo de Trueba le perjudicaron su propia fecundidad y el haber escrito en una época de transición. Su capacidad de trabajo, su facilidad para escribir y el deseo de probar diversas escuelas y géneros literarios para estar al día dieron como resultado una obra de calidad desigual y carácter disperso. Fue neoclásico como poeta; como novelista, fue romántico; y observador y crítico de las costumbres en otras novelas, en narraciones breves, y en otras obras teatrales. Aunque llegó a conocer la fama no le duró mucho más allá de la muerte pues Trueba, precisamente por su cosmopolitismo, fue un extranjero en su patria, donde no podían leerle en inglés, y en Inglaterra un autor que carecía de raíces en aquella cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, Ignacio, *Epistolario de Laverde Ruiz y Menéndez Pelayo*, Santander, Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial, 1967, y Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, ed. de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982-1991.
- ALONSO, Amado, *Ensayo sobre la novela histórica*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Filología, 1942.
- BAROJA, Pío, *Los caminos del mundo, Obras Completas*, Madrid, 1947.
- BARREDA, Fernando, «Aportaciones a la biografía de don Telesforo Trueba y Cosío», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, «Homenaje a Artigas», I (1931), pp. 32-55.
- «Births, Marriages and Deaths», *The Lady's Magazine and of the Belles Lettres*, vol. 7, nº 5 (noviembre 1835).
- British Museum Department of Manuscripts, *Catalogue of Additions to the Manuscripts (Plays submitted to the Lord Chamberlain, 1824-1851)*. Additional M-42856-43038, Londres, The Trustees at the British Museum, 1964.
- Cartelera Teatral Madrileña, I: Años 1830-1839*, Madrid, CSIC., 1961.
- CARRASCO URGOITI, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XX)*, Madrid, Revista de Occidente, 1956.
- BOHL DE FABER, Cecilia, *Un verano en Bornos*, Valencia, 1870.
- DÉROZIER, Albert, *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne*, I. Annales Littéraires de l'Université de Besancon, vol. 95, «Les Belles Lettres», París, 1968.
- Diario de las Cortes*, Cádiz-Madrid, 1810-1836.
- ESPOZ Y MINA, Francisco, *Memorias*, ed. y estudio de Miguel Artola, Madrid, BAE, CXLVI-CXLVII, 1962, 2 vols.
- GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, «Cartas Bornesas: Un inédito de Telesforo de Trueba y Cosío», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XLVI, nºs 1, 2, 3 y 4 (1970), pp. 127-170.
- «Un sainete inédito de Trueba y Cosío: *El abogado Sorna o al más listo se la pegan*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XLIX, nºs 1, 2, 3 y 4 (1973), pp. 351-373.
- Don Telesforo de Trueba y Cosío (1799-1835). Su tiempo, su vida y su obra*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1978.
- «Costumbristas españoles en Inglaterra: Observaciones sobre la obra de Blanco-White, Valentín de Llanos y Telesforo de Trueba y Cosío», *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Venecia, 1980, pp. 501-509.
- «“El pan amargo del destierro”: Letras y exilio en el período fernandino», *Monographic Review / Revista Monográfica*, vol. 2 (1986), pp. 20-24.
- Valentín de Llanos (1795-1885) y los orígenes de la novela histórica*, Valladolid,

- Diputación Provincial, 1991.
- Los montañeses pintados por sí mismos*, Santander, Pronillo, 1991, pp. 245-253.
- Telesforo de Trueba y Cosío. Obra varia*, Santander, Universidad de Cantabria, 2001.
- GRASSES, Pedro, *La trascendencia de la actividad de los escritores españoles e hispanoamericanos en Londres en 1810-1830*, Caracas, Elite, 1943.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel, «Trueba y Cosío», *España Romántica*, Madrid, S.A.E.T.A., 1942, p. XII.
- LLORENS CASTILLO, Vicente, *Liberales y Románticos: Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, México, El Colegio de México, 1954. 2ª ed.: Madrid, Castalia, 1968.
- MACKIE, Randall John, *The English Theatre of Telesforo de Trueba y Cosío*. A Thesis Presentad in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of Master of Arts. The Ohio State University, 1973.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico*, IV, Madrid, 1846.
- MARRAST, Robert, *José de Espronceda et son temps. Litterature, Societé, politique au temps du Romantisme*, París, Editions Klincksieck, 1974.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Estudios críticos sobre escritores montañeses. Trueba y Cosío*, Santander, Album de *El Aviso*, 1876.
- «Una comedia inédita de Trueba y Cosío» [*Casarse con 60.000 duros*], *La Tertulia* (Santander, 1876), pp. 353-60, 417-23, 518-525.
- «Un lírico francés desconocido», Apéndice IV, *Estudios críticos sobre escritores montañeses, I. Trueba y Cosío*, Edición Nacional, XI, Santander, Aldus, 1941, pp.164-180.
- MORAYTA DE SAGRARIO, Miguel, *Masonería española (Páginas de su historia)*. Memoria leída en la Asamblea del Grande Oriente Español de 1915 por el Gran Maestre, Madrid, Pasaje del Comercio, 1915.
- NÚÑEZ DE ARENAS, Manuel, «Páginas románticas: Una carta inédita de Trueba y Cosío», *Homenaje a Artigas, Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, I (1931), pp. 56-61.
- OCHOA, Eugenio de, «Galería de ingenios contemporáneos. Don Telesforo de Trueba y Cosío», *El Artista*, 1, entrega XXII (1835), pp. 254-56.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo y Fernando ZAMANILLO PERAL, *Clasicismo y Romanticismo en Clara Trueba (1808-1864)*. Catálogo de la Exposición. Museo de Bellas Artes, Ayuntamiento de Santander, 1992.
- SCRIBE, Eugene y de M. X. B. SAINTINE, *Oeuvres Completes*, vol. 14, París, E. Dentu, Libraire-Editeur, 1876, pp. 189-227.
- SHAW, Donald L., *El siglo XIX. Historia de la literatura española*, vol. 5, Barcelona, Ariel, 1974.
- SIMÓN CABARGA, José, *Santander en la Guerra de le Independencia*, Santander, s. i., 1968.
- SOLÍS, Ramón, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958.
- Historia del periodismo gaditano (1800-1850)*, Cádiz, Instituto de Estudios Gaditanos, 1971.

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XIX (1808-1914)*, París, Librería Española, 1971, 3ª ed.

WARD, Rev. Bernard, *History of St. Edmund's College, Old Hall*, Londres, Kegan, Paul, Trench, Trubner & Co., 1893.

ANEJOS

Al bello sexo gaditano

Negóte el cielo, ¡oh Cádiz!,
la verde pompa de la selva umbrosa
abrir su cáliz virginal la rosa.
No ves de Febo al rayo refulgente,
que al par que el monte y la campiña dora
trémulo vibra en la onda transparente;
ni ves el llanto de la blanda aurora
por los amenos valles esparcidos
en aljófar menudo convertido:
inmenso mar te ciñe poderoso,
o bien el vuelo de tu afán condena
ingrato yermo de indolente arena.
Mas no llores del hado estos rigores,
cuando en tu seno sin igual dichoso
encierras los primores
del cielo, el sol, las flores, las estrellas,
conjuntos todos en tus hijas bellas.
Hermosos seres, que pisáis airosas
el suelo gaditano,
propicio numen con profusa mano
sobre vosotros derramó sus dones.
Con mano cariñosa la fortuna
meció constante vuestra tierna cuna;
y a vuestro nacimiento
con singular contento
las gracias presidiendo,
vuestros donosos cuerpos abrazaron,
y al lindo talle hechizos mil colgaron.
La mágica sonrisa,
que entre esos labios de carmín reposa,
es la bella divisa
de gracia unida a candidez bondosa.
En cada dulce acento
habla la discreción y la alegría,
y en grata simpatía
responde la espresión al sentimiento.
Empero sin peligro no me es dado
contemplar, en placer embelesado,

esa hechicera risa, acompañada
de una sola mirada
de vuestros bellos espresivos ojos,
que vida y fuego sin cesar respiran,
y alevés matan cuando tiernos miran.
Corre, mortal ansioso, a la alameda
y allí sumiso en éstasis te queda;
mira de aquellos pies tan delicados
la abreviada hermosura;
mira de aquellos talles
la elegancia sin par y la finura,
parece que dulzura,
y gracia y gentileza
van respirando en cada movimiento.
Ya vuelven, cruzan, tornan,
a todo vida dan, todo lo adornan;
mientras, amigo, el vagoroso viento,
ciñendo el traje airoso
de cada ninfa bella,
con solícito afán dibuja y sella
las dulces formas de su cuerpo hermoso.
¿Dó me arrastra encendida
mi mente, que atrevida
cantar quisiera de belleza tanta
digna de Apolo cuando mejor canta?
Venid del Pindo, hermanas lisongeras,
y orlando vuestras sienes placenteras
de verdes mirtos y de frescas rosas
entre nubes de aromas olorosas
templad las cuerdas de oro,
y en delicioso coro
celebrad, vos, beldades tan preciosas,
mientras yo absorto sus portentos miro,
y cuanto más observo, más admiro.
(«Floresteo», *Diario Mercantil*, nº 3259, 3-VII-1825.)

***A Rossini con motivo de su excelente ópera de
«Coradín corazón de hierro»***

¡Genio inmortal! De la celeste lira
la dulce magia a Febo le robaste
y en *Coradín* el fuego prodigaste,
que el dios del canto sin cesar respira.
El pasmo, el miedo, la pasión, la ira

al placer de tu ingenio encadenaste,
y en notas de oro pintas el contraste
de un héroe fiero, que amador suspira,
aterra y vence... y luego desarmado
trocando el odio en plácida ternura
yace a los pies de una muger postrado,
que aunque en su mal le diera la natura
un corazón de hierro fabricado
¡qué corazón resiste a la hermosura!

(«Floresteo», *Diario Mercantil*, nº 3266, 10-VII-1825.)

Al tiempo

Tremendo asolador del universo,
tiempo inflexible tu rigor suspende,
detén tu vuelo, calma el rostro fiero,
y a mis fervientes súplicas atiende,
asaz el mundo tus estragos llora,
y en mil vestigios de dolor y espanto
confiesa tu poder... Nace la aurora;
brilla un momento el sol, y ya su manto
tiende la noche de pavor vestida.
¡Fatal emblema de la humana vida!
La destrucción ¡oh tiempo! es tu tarea,
la flor que los vergeles hermosea,
el alto pino, la soberbia torre,
el mármol duro y el alcázar fuerte
de tí impelidos corren a la muerte.
En vano en gloria el héroe resplandece,
en vano brilla el lauro de la fama,
en vano abrasa del amor la llama;
gloria, fama y amor, todo perece.
Tú solo quedas en el ancho mundo
sobre un montón de ruinas sustentado
cual en tu solio funeral sentado,
mirando en torno con eternos ojos
de tu poder los hórridos despojos.
Si anhelas devastar, ceba tu saña
en tanto y tanto mal que al hombre oprime;
do quier verás que lastimosa gime
víctima aciaga de la suerte injusta
a quien tu curso destructor no asusta.
Mira también en noche silenciosa
de la luna al reflejo triste y blando

viuda infeliz con planta incierta hollando
el lecho helado do el vivir reposa;
sobre la tumba el yerto brazo posa,
y entre la calma sepulcral parece
en estatua insensible convertida:
mas luego con gemidos estremece
al eco pavoroso y muestra vida
en señas sólo de mortal quebranto
regando el mármol con acerbo llanto.
Y observa atento la mansión hedionda
do la miseria sin cesar suspira,
el hambre flaca nunca se retira
de tan funesto hogar... Mira a otro lado
bajo un rico dosel, en lecho blando
en su soberbia casa al opulento,
que mustio lanza lúgubre lamento;
exhausto de salud... el brazo frío
de tersa enfermedad allí le tiende,
le acosa, y de su infausto poderío
no toda su riqueza le defiende.
Aquestos infelices en el mundo
el vago viento sin cesar poblando
de largos ecos de dolor profundo,
están tu vuelo rápido implorando;
vuela por ellos con ligeras alas:
acaba sus pesares onerosos,
y olvida en su fortuna a los dichosos.
Olvida, ¡oh tiempo!, olvida al tierno amante
que en faustos días de verdor lozano
ríe contento y en delirio insano
fijar pretende el fugitivo instante;
coje la copa del placer ansioso,
la bebe audaz y apenas es dichoso
que ya la frágil dicha desaparece
y cuando más se alegra, se entristece.
¡O dulces días de ventura llenos,
cuán ligeros pasáis, y cuán despacio
caminan los momentos de infortunio,
de paz, descanso y de placer ajenos!...
Aviva ¡oh tiempo! en días tan penosos
tu vuelo por los míseros mortales
y olvida en su fortuna a los dichosos.

(«Floresteo», *Diario Mercantil*, nº 3322, 4-IX-1825.)

Adiós a Cádiz

¡Ilustre Gades, adiós!...
¡Adiós! centro afortunado
de la amable urbanidad,
de antigua riqueza y fausto.
Cruel destino me arranca
de tu suelo tan amado;
pero nunca de mi pecho
podrá arrancar tu retrato;
que en tí feliz encontré
bellas prendas, dones altos,
mayor placer en las dichas
y consuelo en los quebrantos.
En tí por la vez primera
humilde entonó sus cantos
mi musa, que se apoyaba
de tu bondad en los brazos.
¿Y qué pudiera ofrecerte
de tantos bienes en pago?...
¡Ay Dios!... ¡Tan sólo suspiros!...
¡Sólo tributos de llanto!...
Recuerdos de la ventura,
recuerdos del placer gratos,
recuerdos de la amistad
y del amor acendrado;
todos a un tiempo se agolpan
en el ánimo turbado,
cuando uno sólo es bastante
para causar mil quebrantos.
¡Ay! dejadme compasivos
un momento de descanso
mientras pronuncia el adiós,
el fatal adiós, mi labio.
Asaz en mí vertiréis
vuestro rigor inhumano,
cuando mis ojos no vean
ya los muros gaditanos.
Adiós, sexo encantador
de Gades primer ornato;
tipo de gracia y bondad,
y de hermosura dechado.
Y vosotras, bellas ninfas,
que presidís a mis cantos

¡nombres para mí halagüeños!
¡nombres para mí sagrados!
plegue a los cielos que siempre
sigáis al pueblo adornando,
si mucho por la verdad,
mucho más por vuestro trato.
Y tú, querida hermosura,
que supiste en breve plazo
cambiar en llamas de amor
de Apolo el fuego preclaro,
¡adiós te digo!... Y no sé
cómo puedo pronunciarlo
en un tropel de suspiros
y entre raudales de llanto.
¡Pluguiera a Dios que observaras
en este momento infausto,
en los tintes del dolor
mi tierno afecto pintado,
miraras en mi semblante
del pesar los negros rasgos!...
¡¡¡y leyeras en mis ojos
todo lo que calla el labio!!!
Adiós también mis amigos
a mi corazón tan caros,
cuanto es grande la bondad
que siempre me habéis mostrado.
Al nacer la blanca aurora,
al lanzar el sol sus rayos
o cuando la triste noche
despliega su negro manto;
en las heladas regiones
do Bóreas reina tirano
ceñida la sien de escarchas
de inmensa nieve cercado;
allí do Febo tan sólo
lanza resplandor escaso
para alumbrar las tinieblas
y hacer más triste el espanto;
o bien de la grata Ausonia
en el suelo afortunado,
do ríe la primavera
cercada de mil encantos;
o en las márgenes felices
que riega el Sena asombrado

entre bullicio y placeres
su lento curso guiando;
en las garras del dolor
con mil fatigas luchando;
en los brazos del placer
dulcemente recostado;
en fin cuando ya rendido
bajo el peso de los años,
camine de la vejez
por el valle solitario;
¡oh Gades! nunca jamás
olvidaré el suelo caro
donde pasé tantos días
de ventura coronados.
Y cual la imagen graciosa
de un sueño brillante y grato
deja confuso placer
en el ánimo exaltado;
o cual de un blando sonido
por el eco pronunciado
la vibración, que se pierde
en el viento, causa agrado;
así, un feliz pensamiento
dará placer recordando
la ilusión de aquellos días
¡que lucieron y pasaron!

(«Floresteo», *Diario Mercantil*, nº 3329, 11-IX-1825.)